

Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.

Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.

Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna, y la relación de cada conocimiento con la vida.¹

Estimadas y estimados docentes,

Quise partir hoy estas palabras para ustedes recordando estas ideas de Gabriela Mistral, nuestra gran educadora y maestra; hija, madre y hermana de la educación pública de Chile y Latinoamérica.

Lo hago porque hoy es un día especial que nos convoca a celebrarles y reconocerles a ustedes, docentes de las escuelas y liceos públicos de la comuna capital y barrial de Santiago de Chile.

Ustedes, que han sido reconocidos por sus pares de entre los cerca de 2.200 docentes de aula que constituyen nuestra dotación; a través de una iniciativa y ceremonia que forma parte de los acuerdos establecidos en el Protocolo 2022-2024 suscrito por nuestra Alcaldesa Irací Hassler con el Comunal Santiago del Colegio de Profesoras y Profesores de Chile.

Pero hay razones adicionales para recordar junto a ustedes hoy a Gabriela Mistral. Y es la vigencia de sus palabras que iluminan nuestro Modelo Educativo Comunal, los Pilares que le sustentan y el propósito de una *Educación Para la Vida y la Democracia*. Y quién sino ustedes representan esa convergencia y esa posibilidad, todo ese cuerpo de ideas y propósitos que nos legara Gabriela Mistral y que es nuestro deber reinventar y visitar permanentemente, y que solo puede materializarse gracias a su trabajo docente laborioso, sistemático y lleno de responsabilidad, respeto y cariño por sus estudiantes.

“Educar es un acto de amor, por tanto, un acto de valor”, nos decía Paulo Freire.

Entonces, este encuentro no puede ser solo una ceremonia más. Es también un espacio para la reafirmación del hacer profesional docente que —a partir de la opinión de sus pares—, encuentra en ustedes una cúspide de aportes, acciones, ideas y colaboraciones que le dan substancia a todo el quehacer educativo de la comuna y sus establecimientos, los que acogen diariamente a más de 28.000 estudiantes.

Santiago, visto como el territorio cargado de historia y a la vez cambiante que es; visto como el espacio social y geográfico donde nos corresponde asegurar la continuidad, desarrollo y también la proyección de la educación pública del país; es sin duda un cuerpo educacional que tiene múltiples desafíos y necesidades, a veces carencias o problemas que nos agobian, pero indudablemente también posee muchísimas fortalezas y capacidades.

Por lo mismo, ninguna de las dificultades y múltiples desafíos que tenemos nos puede hacer olvidar que tenemos una gran tarea, que, sin eufemismos, adquiere ribetes históricos. ¿Cuál es esa tarea? Hacer posible que el país se dote de una institucionalidad educativa estatal, de carácter especializado y que se proyecte en todo el territorio de manera descentralizada, pero sin perder por ello articulación y responsabilidad nacional. Relevar y hacer realidad una gestión educacional basada en la profesionalidad docente y con carácter sistémico; una gestión que se sitúa en las antípodas de los esquemas autoritarios, meramente verticales y solo basados en el control o la

¹ <http://www.gabrielamistral.uchile.cl/prosa/pensamientoped.html>

estandarización, y cuyo fundamento es, finalmente, la desconfianza, y muchas veces el desprecio, hacia las y los profesores.

Esas son las trabas, las visiones y las actitudes que debemos ir dejando atrás de manera definitiva.

Y es cierto que nuestra comuna (y por qué no decirlo, el país) tiene una historia relativamente larga de desconfianzas construidas, de empobrecimiento de roles y de formalidades estériles. Esto afecta tanto a las instituciones como a las personas.

Y aquí me permito un paréntesis, pues, dada esa misma larga historia de desconfianzas, no es de extrañar que en los días pasados se haya propagado desazón frente a un problema en el pago simultáneo de bonificaciones con la remuneración docente; problema que se buscó advertir para mayor transparencia y que afortunadamente pudo solucionarse dentro del mismo día de pago regular.

Me hago cargo aquí de aquello y vuelvo a extenderles a ustedes y a todas y todos los trabajadores de educación de la comuna las disculpas por las molestias ocasionadas. Y aunque por fortuna estas fueron más bien breves en el tiempo, nos retrotrajeron a lógicas de desconfianza que debemos seguir trabajando por superar si queremos ver florecer la educación pública de Santiago. Y en eso, sin duda, la estructura de gestión tiene la primera palabra, sin perjuicio de que, construir una cultura de la confianza, constituye una construcción colectiva y multinivel.

* * *

Pero quisiera volver a lo anterior. A la necesidad de visualizar a la profesionalidad y el hacer docentes como la viga maestra del sistema educativo público, y por tanto, de su gestión; desafío de la máxima urgencia y pertinencia ante la crisis educativa de estos años y quizás decenios, aunque debiéramos a estas alturas hablar también de la crisis de la institución escolar en sí.

En efecto, hoy, tal como a fines del siglo XIX a buena parte de la élite chilena no le parecía necesaria la formación docente y lograba en ello “convencer” al conjunto de la sociedad bloqueando las políticas públicas que la permitieran; es dable pensar que a inicios del siglo XXI tampoco le resulte evidente o cercana la necesidad de un sistema de gestión educacional bien articulado ni la importancia de redes públicas territoriales para asegurar la provisión educativa y su evolución. Mucho menos que la base profunda de esa gestión educacional sea la profesionalidad docente.

Nada más lejano a los *dogmas friedmanianos* que han formateado por décadas nuestro sistema educacional — los dogmas de subsidiariedad del Estado y marginalidad de lo público; de la competencia de mercado entre escuelas como base para asegurar su “calidad”; el rechazo a la planificación o a que pueda existir una gestión pública eficaz, oportuna y eficiente—. Estos dogmas que hoy algunos quisieran ver profundizados y santificados *ad-eternum*.

Sin embargo, y sin ánimo alguno de exculpar a los *Chicago Boys* en su asalto al Estado Chileno en el marco de la dictadura civil y militar entre 1973 y 1990, quiero comentar que el desafío sistémico y de potenciamiento de la profesionalidad docente es algo que —como la hecho ver el historiador y Premio Nacional de Educación Iván Núñez—, venía de mucho antes y que explica, por ejemplo, que pasaran también 17 años para que se empezaran a construir en todo el territorio las escuelas que prometía la Ley de Educación Primaria Obligatoria de 1920. Los cambios educativos a nivel institucional nunca han sido fáciles en nuestro país y muchas veces ha primado la mezquindad, la parcelación y la falta de coherencia, tanto en el territorio como en el Ministerio de Educación.

Y si de algo **nos privó la municipalización forzada es de haber construido sistema público**, lo que era una inevitable necesidad tras el crecimiento de la matrícula y del número de escuelas y liceos en todo el territorio producto de la reforma de Frei Montalva continuada por Salvador Allende.

Y el precario concepto “sostenedor”, si bien ya existía en la legislación chilena en 1929, lo hacía de manera discreta y aplicada solo al sector privado. Este concepto comenzó a ser erigido a partir de 1981 como el símbolo por excelencia de la iniciativa educacional privada que funciona gracias a recursos públicos. Será usada también para la educación municipalizada instalándose la idea un “sostenedor municipal” como «uno más» en el mercado, equivalente a sus pares privados.

Luego, ya en los años 90, la fragmentación teñida con ineficaces añoranzas de centralización nos hará perder la perspectiva de lo necesario que es un sistema donde sus distintos niveles —por ejemplo, el nivel establecimiento y el nivel territorial o comunal— no se vean entre sí como antagónicos, en una disputa y una culpabilización permanentes, sino que se asuman como engranajes de un mismo propósito y deber.

Y esta disputa, de vernos como niveles y entes separados entre “sostenedor” y “escuela”, como estructuras compuestas por personas, miradas y lenguajes diferentes, es algo que ha sido muy dañino; es un freno a la profesionalización del conjunto y un freno al desarrollo de los diferentes roles, desde el docente de aula al docente directivo o a aquel que participa de la gestión territorial. Se trata de un freno que busca que actuemos, insisto, como opuestos y como meras entidades empleadoras (o “sostenedoras”) sin comprender, y muchas veces sin siquiera valorar, el trabajo esencial del cuerpo docente y de las y los otros trabajadores y profesionales que se desempeñan en la escuelas y liceos para bien de nuestros niños, niñas, jóvenes y adultos estudiantes. Claramente debemos superar esas nociones y ese estado de cosas.

* * *

Me he permitido traer estas reflexiones a ustedes, docentes destacadas y destacados de nuestra comuna, porque sinceramente creo que el momento histórico en que estamos y el desafío de lograr que el país tenga la educación pública que merece y que a esta se le permita desarrollarse en vez de seguir ahogándose, son tareas de todas y todos nosotros y no solo de administradores o de representantes políticos o dirigentes gremiales.

Pero quiero decir también que he señalado que la profesionalidad docente es y debe ser asumida como la viga maestra del sistema educativo público, porque esa es, además, **la única esperanza que tenemos de sortear la peligrosa obsolescencia de la institución escolar**; obsolescencia si es que esta insiste en el rito vacío, en la enseñanza mecánica y coberturista, depositaria de un saber solo discursivo y de un conocimiento fragmentado y asignaturista; o en el academicismo contenidista y en la ausencia de colaboración y aprendizaje entre pares; pero, sobre todo, obsolescencia si es que insiste en la incapacidad de mirar al estudiante como un todo, como un otro legítimo que es parte de un contexto que no podemos divorciar artificialmente de su proceso educativo, que debe poder vivir su niñez y su juventud, aprendiendo y adquiriendo herramientas gradualmente pero sin pausa.

No son solo las pantallas, internet o tik-tok quienes nos pasarán por encima; tampoco la dinámica de la inmediatez, de la atención capturada por cualquier cosa, o las noticias falsas y la mediatización de todo en redes sociales para juicio y amenaza permanente de los otros... Son todas esas cosas y más aún. Será la sociedad fragmentándose la que nos pasará por encima ante una *educación obligatoria* que se vacía de sentido.

Por eso, **ustedes, profesoras y profesores de Santiago, su creatividad e imaginación, su saber y su ser docentes, su colaboración, su aporte a la formación de otras y otros docentes, su capacidad de contextualizar y desarrollar el currículum, son parte esencial de la esperanza de sortear este riesgo de obsolescencia de la institución escolar.**

No son palabras de buena crianza o elogios para la ocasión. Estas, mis palabras, son un llamado de urgencia para pedirles que sigan aportando, que sigan esforzándose como lo han venido haciendo, por ampliar nuestras capacidades como servicio público, por actualizar nuestra labor, por convocar a sus pares a la reflexión y a la acción; por resignificar con sus estudiantes —ya no desde un “dado” si no que desde un “construido”— nociones tan importantes como el esfuerzo, la curiosidad, la responsabilidad, el respeto, la disciplina o el vínculo.

Porque este reconocimiento en que hoy les celebramos nos invita a todas y todos a mirarles a ustedes y a aprender de su trabajo.

Imaginen por un momento que todo desaparece y que volvemos a ser simplemente la aldea. Desde hace 20 mil años ustedes son a quienes la tribu les ha pedido y encargado que cuiden, que acompañen y que enseñen a los nuevos llegados a la tribu. Toda la aldea educa, pero ustedes son el puente fundamental de la cultura y la civilización; y lo son, porque están ahí para cada uno y cada una de sus estudiantes.

Ustedes son las y los depositarios principales del sentido y la misión de la escuela pública en todo el orbe y ya en pleno siglo XXI. De la escuela y su misión crucial ante la desigualdad social, la segregación, la exclusión y las violencias.

Por ustedes pasa el futuro, pues, como convergen Gabriela Mistral y Humberto Maturana, los niños y niñas son ahora y el futuro de la humanidad somos, en gran medida, los adultos que estamos haciendo realidad, cotidianamente, su derecho a la educación.

* * *

Finalmente, quisiera destacar el cómo ustedes, este grupo hoy aquí reunido, representa no solo a diferentes niveles y modalidades educativas, o a diferentes áreas del conocimiento y el desarrollo del pensamiento y la vida; y quisiera también destacar cómo ustedes representan tantas cosas buenas e importantes para sus escuelas y liceos y para la colaboración de unos con otros. No parece ser casual que entre las nominaciones de liceos o de escuelas regulares estén aquí presentes docentes de educación diferencial; esto refuerza que la educación pública solo puede ser inclusiva o no será, y que su deber es aportar a desplegar todos los talentos y capacidades al máximo de sus potencialidades.

Quiero pedirles que hoy, cuando termine esta ceremonia, partan orgullosas y orgullosos a sus comunidades, y que sigan siendo un aporte central en estas grandes tareas que tenemos sobre nuestros hombros.

Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra... [pues] Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela, ¿dónde podrán exigirse estas cosas?

Gabriela Mistral

Muchas gracias.